

S SUPLEMENTO DE LA *ande*

coordinador Prof. GAMALIEL CABEZAS

J
U
A
N

S
A
N
T
A
M
A
R
I
A



Presentación

Con esta publicación da LA REPUBLICA un paso más en su marcha ascendente. Cada mes el educador costarricense recibirá el Suplemento de la ANDE, dirigido por el Prof. Gamaliel Cabezas, el cual constituirá un lazo de unión constante entre la Asociación y los millares de educadores de todo el país. En él encontrará el maestro material escolar para sus lecciones, una descripción de las actividades de la ANDE, innovaciones en materia educativa, circulares, así como una tribuna abierta en de-

fensa del educador nacional. LA REPUBLICA se siente orgullosa de ofrecer este servicio no sólo porque va dirigido al sector escogido de la Patria, sino también porque una de sus convicciones más profundas, como órgano de comunicación, es que el periódico ha de convertirse en un instrumento educativo de primer orden que complemente la labor del maestro y del profesor.

La Dirección

(Arreglo hecho en tema de "Tradiciones Costarricenses" de don Gonzalo Chacón Trejos)

El Tambor de la victoria

PERSONAS:

Don Juanito Mora
Juan Santamaría
Cap. don Zenón Mayorga.

SOLDADOS:

Rústico
Córdoba
Lupario Amador
Celedonio Retana.

ESCENARIO: De noche. Grupos de soldados durmiendo tumbados sobre el suelo. Al fondo un rancho improvisado. Fusiles de chispa dispuestos en pabellón. En el proscenio, alrededor de un fogón con tinamastes encima de los cuales hay una olla, un grupo de soldados formado por Lupario, Rústico, Celedonio y Santamaría. Están preparando café. De cuando en cuando se oyen los gritos de: ¡Centinela, Alerta!

RUSTICO. ¿Estás muy cansao, Lupario?

LUPARIO. (Que está tendido en el suelo). No había de estarlo, carastas. Tuve que cargarle el rifle a Dominguito Peraza que venía con calenturas y entre ambas piernas hinchadas... y al capitán don Zenón las alforjas bien pesadas atestaditas de dulce, de totoposte y de balas.

RUSTICO. ¿De balas? ¿Para comer? ¿El capitán come balas?

LUPARIO. No hombré. Don Zenón las quiere para que coman sin ganas, cuando en tiros se las sirva, toditos esos canales de la falange invasora que

profanaron la patria.

RUSTICO. Y si no les gustan solas, pues habrá que acompañárselas con una cuarta de fierro de bayoneta calada.

LUPARIO. Mismamente digo yo. Esta guerra hay que ganarla para defender los cercos y la honra de las muchachas y el pan de todos los días que, suando desde el alba detrás del buey y el arado, nuestra tierra nos repara con la bendición de Dios y de la Virgen sagrada.

RUSTICO. Y también para llevar siempre la frente muy alta. (A Celedonio que se afana con el fogón). Qué pasa con esa leña? Parece que está mojada.

LUPARIO. Arrímale charramascas. Con el sombrero sopla.

CELEDONIO. Ahoritica está el café. Nomasito hierva el agua. Andá por el chorriador y por la bolsa de manta, Lupario.

LUPARIO. Andá trelo vos. Cordobita.

RUSTICO. ¡Ah, carachas! Al que nació para mula, del cielo le caen las cargas. No puedo meniar las piernas, así están de garrapatas.

LUPARIO. Así las tenemos todos; pero si querés tu taza de café, enderezate que ya empezó a hervir el agua. (Sale Rústico).

CELEDONIO. ¡Qué buen compañero es Rústico, naditica lo amilana! El pa ensillar una yegua, él pa ordeñar una vaca.

Y pa curar las heridas su mano es la más liviana. Para cocinar les digo, como él no hay otra cuchara; uno se chupa los dedos si los frijoles prepara.

LUPARIO. ¿Y de onde es ese muchacho?

CELEDONIO. Pos de la villa de Barba. Allá dejó la mujer y la familia que criaba y unas milpas que tenía y un terreno que arrendaba. Se vino con don Juanito. No más oyó las proclamas, cogió su fusil de chispa, dejó el machete y la pala; les dio un beso a los chiquillos; a la mujer, una plata; se fue a rezar a la iglesia para traer en paz el alma; se puso la tricolor en el sombrero de palma; se compró unos caites nuevos y deay, sin decir más nada, se fue pa la Comandancia de Heredia a esperar las órdenes de salir pa Nicaragua... No le tocó Santa Rosa, pero en la primera que haiga, verán los filibusteros que está resuelto a jugársela. (Vuelve Rústico).

RUSTICO. ¿Cómo quieren el café? ¿Pura tinta o agua chacha? Celedonio, apeate la olla y despacito chorreala.

LUPARIO. A ver, raspate ese dulce en el suelo, a falta e tabla.

RUSTICO. ¿Si se revuelve con tierra?

CELEDONIO. Pos ideay, qué carastas; así lo hemos de beber, que lo que engorda, no mata.

LUPARIO. Yo no me meneo de aquí. Rústico, treme mi taza.

RUSTICO. (Sirviéndole a Lupario la taza de café). ¿Y no quiere unas tortillas de queso recién echadas?

LUPARIO. (Tomándose el café). ¡Carambas, está este café que quema!... ¡Benditas Animas, por vuestro alivio y descanso!

CELEDONIO. ¡Amén!... ¡Y a esta cochinita llaman café? **RUSTICO.** ¡Pos votala!

CELEDONIO. ¡Adió, no faltaba más! ¡Si ya me bebí la taza! ¡Echame más, Cordobita, que aunque sea vacío me baja cor cor, y me desentume las piernas acalabradas! (Rústico le sirve más café a Celedonio).

CELEDONIO. ¿Y cómo siguió Raimundo de las heridas?

RUSTICO. ¡Da lástima... le esgajaron todo el hombro y se le ven en la espalda dos güecos como jocotes de la entrada de las balas! ¡Lo mandaron pa Liberia en carreta, esta mañana. A como iba, de seguro que no aguanta la jornada...!

LUPARIO. ¡Condenaos filibusteros, lo que ese esta, me la pagan!

(Se levanta Santamaría y se va a sentar sobre su tambor, alejado del grupo).

RUSTICO. ¡Qué muchacho más hurano; anda solo, con nadie habla!

CELEDONIO. Dicen que así es porque siempre anda pensando en la Mama.

LUPARIO. Pobrecito!... Como a todos, su casita le hará falta.

RUSTICO. Y también esos chineos con que consienten las mamas.

CELEDONIO. Y es que la pobre viejita vivía del rial que agenciaba el muchacho, ya cogiendo goteras, picando leña, o de tambor en la banda.

LUPARIO. ¡No hay remedio, esto es la guerra: dejar solitas las mamas, sin marido a las esposas y a los chiquillos sin tata!

RUSTICO. ¡No me acuerden esas cosas porque me vuelvo pa Barba!

LUPARIO. ¡Que vá!... ¡Vos no te volvéis sin sacar de Nicaragua a Walker. Que a eso vinimos, como dicen las Proclamas.

Porque si el filibustero con sus botas nos aplasta, ¡adiós Costa Rica libre! Nos quitarán nuestras tierras, y nos saquearán las casas y a nuestras propias mujeres las venderán como esclavas!

CELEDONIO. ¡Eso, nunca!, que aquí estamos con don Juanito y con Cañas; con los jusiles de chispa y, por si acaso nos fallan, lo mismo que en Santa Rosa, con bayoneta calada; con las manos, con los dientes y con pólvora en el alma.

LUPARIO. ¡Guipipía!, ¡Celedonio, venga esa mano!

RUSTICO. Chocala! (Notando a Santamaría alejado del grupo).

Llamemos a ese muchacho a ver si quiere una taza.

CELEDONIO. Santamaría, acercate si querés café.

SANTAMARIA. ¡No gracias!

RUSTICO. ¡Vení, hombré! ¡No seas rogado!

¡Aquí no se anda con vainas, que todos somos los mismos, dende Alajuela a Pacaca!

(Se acerca Santamaría y Rústico le sirve su taza de café).

RUSTICO. (Advirtiéndole a Santamaría a la hora de ofrecerle el café). ¡Está pelando, cuidado!

SANTAMARIA. Así me lo da mi mamá que dice que hombre valiente, bebe caliente. ¡Mil gracias! (Se va tomando la taza de café).

LUPARIO. ¡Ja, ja, ja! Miren al cuilmas, ya nos dio ejemplo, carachas! ¡Y deay, Rústico? ¡Llenale de cafecito otra taza.

RUSTICO. (Sirviéndole). Si quiere... ¿Está buena e dulce? Y si no, para endulzársetela.

SANTAMARIA. Me gusta el café bien negro con sólo una cucharada de dulce. ¡Así lo chorro en Alajuela mi mamá!

LUPARIO. ¡Tenemos el mismo gusto! Si alguna vez va por casa, en el Mojón, ya verá que así se lo sirve Engracia, mi mujer.

SANTAMARIA. ¡Dios quiera, que volvamos a las casas a tomar café caliente, pasada ya esta campaña!

CELEDONIO. A sentarnos todos juntos por las tardes, en las bancas de algún corredor tranquilo, pa hablar de güeyes y vacas.

LUPARIO. Y a bebernos un ponchito de güevo con guaro e caña, ¡Guipipía, guipipía! ¡Viva Mora y Costa Rica!

TODOS. ¡Viva! ¡Que viva la Patria! (Llega el Capitán Zenón).

DON ZENON. ¿Qué les sucede muchachos?

¿A qué viene esta bullanga? Ya la tropa está durmiendo rendida de la jornada y ustedes, miren qué cosa, gritando como las pipias. ¡Ya con el ya se silencian y cada uno, pa su cama!

LUPARIO. ¿Pa su cama? ¡Hombré está bueno! ¡Y de onde cojo la almuada? ¡Yo tengo colchón de tierra; la luna, es cobija blanca y los angelitos son los zancudos que nos cantan.

DON ZENON. ¡Orden, es orden, muchachos! ¡Y aquí todos se me callan si no quieren que les juegue el sable por las espaldas!

RUSTICO. ¡Qué don Zenón más calientes! ¡Si es pura broma, carambas! ¿A ver, no quiere café caliente?

DON ZENON. ¡Vean qué gracia, porque llegué, me convidan, que si no... ¡Venga una taza! (Rústico le sirve el café).

CELEDONIO. ¡Si no lo quiere vacío, pos se lo bebe con balas de las que trujo en la alforja!

DON ZENON. ¡No, si aquí cargo bizcocho que me dieron las cartagas.

RUSTICO. Buen provecho, capitán y en otra ocasión, reparata.

DON ZENON. (Terminado de tomarse el café). De veras, ahora a dormir que mañana de mañana, tenemos que arriar pa Rivas y estar listos, por si atacan.

CELEDONIO. (Tumbándose en el suelo, lo mismo que los otros. Santamaría con su tambor de cabecera, en primer término). ¡A dormir se ha dicho! Yo me acomodo en esta cama.

LUPARIO. (Desde donde está acostado). Rústico o vos, Celedonio, guarden el dulce de tapa; apáguense ese fogón; quiten la olla de las llamas.

CELEDONIO. ¡Caray, ya me metí en las cobijas y de aquí naide me saca!

RUSTICO. (A don Zenón): ¡Ve, capitán, por ser bueno, o tonto lo que uno saca: a yo me toca que hacer de cocinera! ¡Qué ganga! (Quite la olla y apaga el fogón).

DON ZENON. ¡Que Dios les dé buena noche. (Se retira).

LUPARIO. Capitán, presenten armas.

(Silencio sólo interrumpido por las voces de: ¡Centinela! ¡Alerta! Envuelto en su capote, por entre los soldados dormidos, camina don Juanito. Contemplando la escena se detiene).

D. JUANITO. Duermen todos tranquilos como si ahora estuvieran bajo el tejado familiar... Mañana, cuántos en las peleas, han de perder la vida defendiendo a la Patria...

Dije: "Guerra, al invasor". y estos mis hijos buenos, corren al sacrificio, con nobleza del que comprende que vivir esclavo es la mayor deshonra, es la peor vileza.

Duermen, duermen tranquilos con el sueño de los valientes; (Pasa a la página siguiente)

El Tambor de la victoria

(Viene de la página anterior)

duermen tranquilos porque son buenos, porque en todos alienta la fe en el triunfo de un pueblo que rechaza las cadenas.

Labradores pacíficos, honrados, cuántos caerán mañana en las refriegas... Mañana... Si, un mañana de gloria los espera. Serán los héroes de la Patria mía salvando a Centro América.

Sin embargo me sobrecojo y tiemblo. Cuántos niños sin padre, cuántas madres de luto, en vana espera del hijo que ya nunca las sacará a la iglesia en las mañanas de domingo, azules y espléndidas!...

(Da unos pasos más y se detiene contemplando a Santamaría).

Como que he visto cara morena. Este buen muchacho es tambor, si mal no estoy y lo he oído redoblando en las filas con un brío de sonido extraordinario... Es bien moreno. Parece en vivo bronce vaciado... Probemos si está resuelto a morir como los bravos. (Llamando a Santamaría). ¡Eh, tamborcillo, tambor. Los bucaneros, muchacho!

SANTAMARIA. (Se incorpora de un salto).
¿Qué sucede?

DON JUANITO. El enemigo que viene por ese lado.

SANTAMARIA. (Reconociendo a don Juanito. Se cuadra y saluda militarmente). ¡Mi general!

DON JUANITO. ¡Huye pronto! ¡Mira que estamos cercados!

SANTAMARIA. General, tengo los pies aquí en el suelo clavados.

Ordene lo que hay que hacer, si es que yo puedo hacer algo. Protegiéndose la vida, déjeme estar a su lado; porque usted vino a vencer o a morir, si es necesario.

Don Juanito, por usted, no me importa caer baleado.

DON JUANITO. Este es el temple de todos. Dios te bendiga, muchacho. ¿Quién vencerá a Costa Rica, si tiene en cada soldado una tea de coraje ardiendo en fuego sagrado? ¿Tu nombre:

SANTAMARIA. Santamaría.

DON JUANITO. ¿Dónde naciste?

SANTAMARIA. En el Llano de Alajuela.

DON JUANITO. Bien, muchacho. Toca alarma a ver si toda la tropa que está en descanso responde y corre a sus puestos en cuanto oigan el llamado

SANTAMARIA. ¡Viva Costa Rica libre! ¡Arriba, arriba, soldados!. (Briosamente redobla el tambor. Se escuchan voces de mando, gritos de soldados que se incorporan, corren a tomar sus rifles y a ocupar sus lugares de combate. En el fondo se despliega el Pabellón Nacional. Un momento después todo está en orden y silencio. Santamaría sigue redoblando.

DON JUANITO. ¡Alto!

DON ZENON. (Saluda militarmente a don Juanito). ¡Mi General, ya están todos en sus puestos, esperando. ¿Qué órdenes hay?

DON JUANITO. Capitán, diga usted a sus soldados que vine a pasar revista no más, y que estoy contento de ver que al primer llamado responden con disciplina y a sus puestos han volado.

(El capitán, don Zenón, saluda y sale. Los soldados vuelven a poner sus rifles en pabellón y se tumban a dormir en el suelo).

DON JUANITO. (A Santamaría). Ahora toca silencio y que vuelvan al descanso. (Santamaría toca un breve redoble).

DON JUANITO. Oyeme, el primer redoble era furioso y tan alto que resonaba en

ba y hasta que echaba relámpagos. ¿Por qué tocabas así? ¿A quién llamabas tocando?

SANTAMARIA. A los soldados, señor, a las tropas de estos llanos, al pueblo de Costa Rica con su bandera flameando.

Cuando redoble, señor, la victoria estoy llamando. Y a la pelea contra Walker quisiera echar por mí mano y en los parches del tambor, hasta a los montes lejanos con sus volcanes y ríos y sus pedrones bramando.

DON JUANITO. ¡El Tambor de la Victoria!...

¡Qué magnífico presagio! El porvenir se me alumbró...

¡Ven, tambor, ven a mis brazos!

Se abrazan.
Telón rápido.

(Puede decirlo el niño que representa a don Juanito).

EPILOGO

Al día siguiente el soldado, ese mínimo tambor, con una antorcha de gloria le puso fuego al Mesón.

Los rifles filibusteros con denuedo desafío y al caer rendido a las balas el laurel reverdecido,

el laurel del heroísmo de Ricaurte y Guathémoc, la honda virtud de la raza del gran solar español, y el brío del indio valiente de la América del sol.

¡Santamaría, tu antorcha, ilumina el pabellón tricolor de un pueblo libre que tu hazaña celebró, cuajando en bronce de gloria tu gesto de redención!

Héroe del pueblo, soldado, humildísimo tambor, ¡viva por siempre en la historia tu gallarda decisión y para nuevas hazañas nos da su heroica lección!

(Tomado de "Cuadros del 56. Teatro Escolar. Editorial Las Américas, 1956).

JUAN SANTAMARIA

TRES CUADROS

(A la memoria de don Anastasio Alfaro)

Personas: Juan Santamaría
Personificación de
Costa Rica
Voz de la Madre

Soldados: Manuel, Sebastián,
Andrés, Alfarito, el Gene-
ral. Otros soldados

PRIMER CUADRO

ESCENARIO: Es de noche. Se oye a lo lejos el final del toque de queda de la corneta militar. Repetidos cantos de gallos y estridular sonoro de grillos.

Un trozo de campo cultivado: potreros, cercados de alambre; setos de pifinela.

Santamaría, arrodillado en la margen de un arroyuelo, bebe agua a grandes sorbos en el cuenco de sus manos. Al lado, en el sueño, tiene el tambor. Enseguida se refresca con agua la cabeza de ensortijados rizos y la cara morena. Se pone de pie y contempla en silencio el alto cielo que comienza a granear luminosamente.

SANTAMARIA.—Está el cielo despejado y regadito de estrellas... si no fuera por mi madre, no me daría tristeza. ¡Qué lejos quedó la anciana, qué lejos, en Alajuela!

¡Pobrecita!, al despedirme me acarició la cabeza, me dio un abrazo apretado y dijo: "¡Dios te proteja y te acompañe, mi hijito, que te vas para la guerra, a defender nuestras casas de la gente bucanera!" Me be-

só y a rezar, llorando, se fue a la iglesia...

¡Cómo brillan las estrellas, qué despejado el cielo... Tanta estrella, se parecen hormigas de un hormiguero!

A estas horas ya mi madre recogida en su lecho habrá rezado el rosario, pero no estará durmiendo; seguro pensando en mí, en su muchacho moreno que a Nicaragua se fue de tambor en el ejército, para echar a William Walker de nuestro sagrado suelo

¡Qué valientes se han portado los soldados, y qué ejemplo de patriotismo me dan cuando los veo combatiendo! ¡Frente a los rifles seguros que usan los filibusteros, ninguno para pelear pone de pretexto el miedo; con sus fusiles de chispa van avanzando resueltos... y si los rifles no sirven, pues se lanzan cuerpo a cuerpo y hasta a bayoneta calada nadie puede detenerlos!

¡Y es que todos a morir hemos venido dispuestos! ¡Muy caro le ha de costar a Walker su atrevimiento! ¡Ya en Santa Rosa probó el temple de nuestros pechos!

Yo que soy un simple tambor me siento la sangre ardiendo lista a derramarse toda como llamas, de mi pecho. ¡No queremos ser esclavos, y así, libres moriremos, y daremos patria libre a nuestros hijos y nietos! ¡Oh Costa Rica querida, juro morir defendiendo tu honor y tu libertad de asalto bucanero!

VOZ DE LA PATRIA. (Fuera del escenario) Para el caso se conseguirá un buen efecto empleando un megáfono). ¡Juan Santamaría, Juan, hijo humilde de mi entraña, tú mantendrás en tu brazo la tea de una gran hazaña!

JUAN.—¡Estoy solo, más me parece que en el silencio me hablarán... ¿Será la voz de mi madre que quiere llegar a mi alma?

VOZ DE LA PATRIA.—¡Juan Santamaría, Juan, no te falle el corazón cuando te llegue el momento de la heroica decisión!

JUAN.—¡Sí, me hablan!... ¿Quién será la que en la noche me habla? ¡Ha de ser mi madre que llora por mí en su

cama.

VOZ DE LA PATRIA.—Juan Santamaría, Juan, escúchame, con tu llama incendiarás el Mesón en la próxima batalla! ¡Darás tu vida por mí, por tu Costa Rica amada! ¡La voz que estás escuchando es mi voz, la de la Patria!

JUAN.—¡Qué extraño! ¡Si me parece que estoy soñando despierto!, y que la voz de la patria hálame desde aquí dentro. (Se señala el pecho).

VOZ DE LA PATRIA.—Juan Santamaría, soldado, héroe de mi bravo pueblo, no dejes caer la tea que a tu fervor encomiendo... Que esa tea levantada es el patriótico fuego en que arderá para siempre todos los hijos del pueblo. Santamaría, el Erizo, de ensortijado cabello, mi honor y mi libertad a tu coraje encomiendo.

JUAN.—¡Hermosa voz! ¡Si parece que estoy soñando despierto! Pero sea esto verdad o tan sólo un sueño, juro cumplir mi deber como buen hijo del pueblo... ¡Patria, si hay que dar la vida por tu causa, ya estoy presto a caer por tu bandera bravamente combatiendo!

VOZ DE LA PATRIA.—¡Juan Santamaría, de pie, bate en tu tambor guerrero la marcha del heroísmo bajo las alas del cielo! ¡Marcha inmortal en la historia luminosa de mi pueblo!

JUAN.—¡En mi tambor... una marcha, bajo las alas del cielo!... ¿Será... que de tanto sol en mi cabeza me he vuelto medio loco y oigo voces que me salen de aquí adentro? (Se señala la cabeza)

VOZ DE LA PATRIA.—¡Siempre a los buenos patriotas les habla desde su pecho la voz honda de la Patria, porque la patria va en ellos!

JUAN.—¡Este pensamiento es cierto! ¡Que en el corazón de Mora, habla Costa Rica libre las palabras más hermosas!

VOZ DE LA PATRIA.—¡A las armas, campesinos, a pelear la libertad, la decencia el decoro de una patria de verdad! ¡Campesinos, a las armas! ¡Defended el suelo santo, si es preciso, con la sangre de los niños y ancianos! ¡Dejad arados y palas, empuñad la bayoneta, y derrotad a la hueste de garra filibustera!

Abandonad los hogares felices de vuestra paz; y con la bandera al frente, a morir, ¡y a triunfar!

JUAN.—¡Nuestros hogares de jamos, hijas, esposas, las milpas, y cafetajes... ¡Allá quedó mi viejita sin que me la ampare nadie, sino Dios... ¡Ay!, si no vuelvo después que esta guerra pase, ¿quién cuidará de sus años débiles y en soledades?

VOZ DE LA PATRIA.—(Al fondo del escenario se descubre una cortina y enmarcada en el cuadro de una sencilla ventana aparece la madre de Santamaría, arrodillada y rezando. Su voz se transmite por medio del megáfono). ¡Juan, hijo mío, estás vivo? ¿No te ha matado una bala? ¿No tienes herido el cuerpo con una herida de espada? ¿Padeces hambre, padeces el frío de las madrugadas? ¿Se te habrán roto dos pies en las largas caminatas! ¿Duermes en la pura tierra sin cobija y sin almohada? ¿Andas sin beber café caliente, por las mañanas? ¡Lluvia y sol ya te habrán roto el sombrerito de palma con la cinta tricolor, que tan lindo te quedaba!

Juan, hijo mío, ¿estás vivo? ¡Cuándo esta guerra se acaba! ¡Día y noche te encomiendo a tu Ángel de la Guarda! ¡Día y noche mi pañuelo recoge un río de lágrimas... Juan, hijo mío, que me haces en la casa mucha falta!...

¡Pero no desmayes, hijo, soldadito de la patria, dale bien duro al tambor, por la victoria cercana!

¡Ay, si pudiera ahora verte sólo un momento, uno nada más, y saber que vives, hijo sostén de esta pobre anciana!

JUAN.—Esta es la voz de mi madre... ¡Sin duda por mí rezaba y los santos han traído su voz en la noche clara... ¡Ah, si los santos quisieran llevarle mi pensamiento y decirle que estoy vivo, y que en ella siempre pienso...! ¡Y decirle que mañana será un día de bala y fuego... un gran día de sol, un día de gloria para el ejército...! Y decirle que... su mano me la pase por el pelo erizo... y que aquí en la frente, me dé un beso... Y decirle... que... me dé un jarrito de café, de aquel que sabía chorrear cuando estaba amaneciendo... Y decirle... sí, decirle a gritos, ¡cómo la quiero!

Telón rápido

SEGUNDO CUADRO

Atardecer Soldados vivaquean: do; pantalones de mezclilla; bandas de cabuya coloreadas a la cintura; camisas sucias y rotas; sombreros de palma con cinta tricolor; algunos soldados con vendas y brazos en cabestrillo. Rifles en pabellón

Un trozo de campo como en el primer cuadro. Un fogón en el suelo; tinamastes; sobre ellas una olla Al fondo, un telón o cortina que se descortina al final del cuadro. Un grupo de soldados en el proscenio, son los principales personajes del diálogo.

PRIMER SOLDADO, MANUEL.—Te aseguro, Sebastián, que no me queda ni un trago!

SEGUNDO SOLDADO, SEBASTIAN.—Te has bebido medio litro y no dejaste probarlo!

MANUEL.—¡Qué va! ¡Todo lo gastó el doctor!

SEBASTIAN.—¡Si será borracho!

MANUEL.—¡No hombré! ¡Si lo gastó como alcohol en esos paños que ponen en las heridas para que no críen gusanos!

SEBASTIAN.—¡Achará! Y era del bueno, de ese que deja chispeando! ¡Se lo quitó a un capitán franchute, que está boqueando!

MANUEL.—¡Qué bien te portaste ayer, sin miedo a los cañonazos!

SEBASTIAN.—No creas que no tuve miedo, me corría un frío muy helado, pero había que pelear y ¡ya ves... cómo peleamos!

TERCER SOLDADO, ANDRES.—A mí me temblaba el pulso antes de hacer el disparo... Estuve amparado a un techo tres horas, y fue contando, uno, dos, tres hasta diez disparos muy bien empleados Pero me van descubriendo desde el Mesón ¡y no rajo!, por mi cabeza pasaron como seis balas ¡¡bando y una me quitó el sombrero... Miren el hueco quemado. (Muestra el sombrero a los compañeros).

MANUEL.—Si no queman el Mesón aún estaríamos peleando.

SEBASTIAN.—¡A la pura bayoneta, era difícil tomarlo!

ANDRES.—Walker se sentía seguro y muy bien parapetado en ese Mesón...

MANUEL.—Nosotros allá en las calles tumbados o en los cajones de puerta o en las tapias de los lados, no podíamos avanzar para darles el alto. Yo ví a dos hombres correr por la calle con un cabo, las guacalonas al aire y a Costa Rica vivando... ¡Iban derecho al Mesón, pero lo acribillaron!

SEBASTIAN.—Junto a mí, que en media calle me agazapé, un soldado de Tabarcia estaba herido, pues le habían baleado un brazo. Con el sol, tenía una sed del infierno! y el muchacho quiso arrastrarse a la sombra que hacía en la calle el tejado. Se movió y al momentico se alzaron a nuestro lado salpiques de polvo como un aguacero cerrado! Yo me hice como abejón y me encomendé a los santos creyendo que mi última hora de veras, me había llegado... ¡Idia!, cuando abrí los ojos ví muerto al pobre muchacho; tenía los brazos en cruz y en la cabeza el balazo... el sol iba haciendo negra su sangre, que era un gran charco...

ANDRES.—Si no queman el Mesón, ¡no sé que hubiera (Pasa a la página siguiente)

(Viene de la página anterior)
pasado!

MANUEL.—¿Viste tú al que lo quemó? ¿Es cierto que es un soldado de Alajuela?

ANDRES.—;Yo lo ví y estoy seguro. Yo lo ví desde el tejado.

SEBASTIAN.—;Y yo también! ;Yo lo ví hacia el Mesón avanzando! Era un tambor de Alajuela y tenía el pelo encrespado y duro, rostro moreno; le decían para nombrarlo, el Erizo

ANDRES.—;Y era valiente! Había que verlo avanzando a todo correr, sin miedo por media calle, llevando el mechón en la derecha y en la izquierda, preparado, el fusil de chispa.

SEBASTIAN.— ;Había que verlo entre los disparos! ;Corría sin hurtar el cuerpo como quien corre a un mandado!

ANDRES.— ;Mismamente! Y al llegar, muy alto levantó el brazo y arrimó el mechón ardiente al alero del tejado.

SEBASTIAN.—;Los del Mesón lo encañonaron de cerca! A boca de jarro una bala le partió en ese momento el brazo que sostenía el mechón. Pero entonces el soldado lo sostuvo con el otro.

ANDRES.—Como ya se había encendido el alero, los de adentro, furiosos, le descargaron toda la fusilería y allí terminó el muchacho.

SEBASTIAN.—Y se terminó el Mesón envuelto en un fuego bravo y vengador. ;Los de Walker salían como endemoniados por las puertas y ventanas, por las vías del tejado y corrían por los solares lo mismito que venados!...

ANDRES.—Un poco rato después, ya todo el Mesón quemado, fuimos los dueños de Rivas y la lucha había cesado.

MANUEL.—¿Dices que era de Alajuela el del mechón?

SEBASTIAN.—Sí, Alfaro, a-quel que está allá, conoce a la mamá del muchacho.

MANUEL.—De mí que venga acá, hombré, Sebastián, llámalo.

SEBASTIAN.—Alfarito, aquí te llaman.

ALFARO.—Voy al momento, muchachos. (Se desprende del fondo y llega al grupo).

MANUEL.— Dispénsenos la pregunta, ¿usté es de Alajuela, Alfaro?

ALFARO.—A según dicen mis padres, allá tengo yo enterrado el ombligo; debe ser en la raíz de un mango.

MANUEL.—Pues ahí verá que nosotros estábamos platicando de la quema del Mesón y éste nos ha asegurado que era tambor de Alajuela el del mechón.

ALFARO.—;Y es exacto! Es todo un alajuelense por lo resuelto y lo bravo!

SEBASTIAN.—A ver, cuéntenos usté lo que sepa del muchacho.

ALFARO.—Yo sé lo que todos saben y no podrán olvidarlo: que él fue el que el once de abril quemó el Mesón con su mano.

MANUEL.—Pero díganos usté quién era, se lo rogamos.

ALFARO.—Juan Santamaría, su nombre. El Erizo lo apodamos porque tenía los cabellos muy duros y encrespados. Servía como tambor en nuestras filas; era alto, moreno, muy morenito, por los soles quemado; era poco charlador y a veces, muy reservado, pero ¡eso sí! muy afable para todos en su trato.

En Alajuela, la madre no acabará de llorarlo, ¡porque entre los buenos hijos, era ejemplo este muchacho!

SEBASTIAN.—;Y cómo se decidió a ir a esa muerte segura dejando sola a su madre sin esperanza ninguna?

ALFARO.—Dicen que el General Cañas, que no llora, lloró ayer cuando a Juan Santamaría junto al Mesón vio caer en si-

JUAN SANTAMARIA

lencio, ensangrentado, queriendo aún sostener con sus brazos mutilados el mechón que le di-
ra él.

ANDRES.—;Cómo así, el general Cañas a la muerte lo mandó?

ALFARO.—;Alguien tenía que quemar ese maldito Mesón!

SEBASTIAN.—;Y ordenó el general Cañas que fuera Santamaría?

MANUEL.—;Era como fusilarlo, pues que nunca volvería!

ALFARO.—Cuando el general lo manda, ¡pues no hay más que obedecer! ;Y un soldado de Alajuela siempre cumple con su deber! Pero no se lo mandaron y esta es la pura verdad: Santamaría fue a la muerte por su propia voluntad. ;Porque era costarricense y amaba la libertad, y que tenía un corazón que nunca se echaba atrás!

ANDRES.—;Viva Juan Santamaría!

CORO.—;Viva! ;Viva! ;Viva!

MANUEL.— ;Silencio! ;No ven que viene el General!

ANDRES.—Y que viene para acá. (Entra el General).

GENERAL.—Hola, muchachos. ;Por qué tanto viva y algazara? A ver Alfarito, ¿cómo va esa herida de la espalda?

ALFARO.—Mi querido general, me parece que está sana porque empieza ya a picarme como pulga o garrapata.

GENERAL.—Bueno, bueno. A ver Andrés, ¿ya te sacaron la bala?

ANDRES.—;Pues no aparece todavía la confisgada, por más que el doctor registra todita las naigas!

GENERAL.—;Será, Andrés, que te han herido con una bala encantada? ;Y a ustedes, cómo les fue, amigos, en la batalla?

MANUEL.—General, estamos bien, fuera de una rasguñada de un filibustero horrible que tenía cara de gata.

GENERAL.—;Hombra!, ¡qué malo! ;Y qué cuenta Sebastián? Dicen las majas lenguas que tu guacalona estaba muy afilada.

SEBASTIAN.—;Y para quitarle el filo, no fuera que me cortara yo mismo, algunas cabezas duras de los que me comparaban, amellaron un poquito el filo de mi cutacha!

GENERAL.—;Y a qué venían esos vivas que hace un momento gritaban?

ALFARO.—Estos, que se entusiasmaron con lo de Santamaría y le echaron unos vivas de purísima alegría.

GENERAL.—Bien, soldados, que la hazaña de Santamaría es gloria de Costa Rica y su nombre ha de pasar a la historia. ;Viva Juan Santamaría!

CORO.— (Soldados) ¡Viva! ¡Viva! ¡Viva!

ALFARO.— ;Viva Alajuela querida!

SOLDADOS.—(En coro) ¡Viva! ¡Viva! ¡Viva!

ANDRES.—;General, es cierto que por su propia voluntad fue Santamaría a la muerte decidido a terminar con la llama de la tea aquel Mesón infernal?

GENERAL.—Viendo que no era posible despojarlos del Mesón y que sus rifles hacían muchos estragos, se me vino a la cabeza la ocurrencia de incendiarlo. La cosa no era tan fácil, muchachos: para incendiar el Mesón se necesitaba un bravo; ¡qué digo, si todo un héroe era allí lo necesario! No dudé nunca de encontrar al arrjesgado y en el nombre de la patria les propuse a los soldados el sacrificio, seguro de que uno de ellos había de aceptarlo.
Reinó silencio de la tropa, muchas frentes se arrugaban, y en

el silencio se oía clamar la voz de la patria. Se sentía una marea de terribles resonancias; a las bocas silenciosas se apretaban las palabras; temblaron algunas manos, se vieron pálidas, muy pálidas y en el silencio del campo los hombres se agigantaban. Entonces con firme voz y con luz en la mirada, Juan Santamaría, el tambor, pidió la tea de la hazaña.

La empuñó, quiso partir, pero algo en los pies lo ataba; no era temor a la muerte, que en su frente le brillaba la decisión y el coraje del servidor de la patria.

Más de aquella, su congoja, todos pendientes estábamos... Y pudo hablar y nos dijo: "Mi buena madre es anciana... ¡cuídenmela!... como si yo viviera para cuidarla!"

Y esto es todo. Lo demás fue su figura gallarda llegando al Mesón de Guerra con su bravura y su llama.

ALFARO.—General, ¡qué buen soldado! ¡Qué defensor de la patria!

SEBASTIAN.—;Qué buen hijo! ;No olvidó a su madrecita anciana!

MANUEL.—;Qué bueno, qué bueno nuestro compañero de armas!

ANDRES.—;Qué humildad!
GENERAL.—;Y qué grandeza la que guardaba en el alma!

TERCER CUADRO

Se descubre la cortina del fondo y aparece sobre un pedestal la estatua de Juan Santamaría, en la actitud del bronce que se alza en la ciudad de Alajuela.

Los soldados se ponen de pie, en firmes y saludan militarmente.

LA PATRIA.—(Una niña que representa a Costa Rica)—¡Juan Santamaría, Juan, hijo humilde de mi entraña, cómo mantiene tu brazo el gran fervor de la llama que alumbra, de día y de noche, el patriotismo en las almas!
Juan Santamaría, Juan, hijo de mi corazón. Cuando te llegó el momento fue grande tu de-

cisión. Cabe en tu pecho mi

blo libre de la humillación.

Juan Santamaría, Juan, roe sencillo del pueblo, que un te en tu alma los dos más manos sentimientos: el de la

Para ti, hijo inmortal, el b ce, el sol, la Bandera, el Hir tria y la madre, para que si tu ejemplo todas las genera nes que florezcan en mi su

(Todos los niños cantarán Himno Nacional)

(Telón rápido)

Carlos Luis Sáenz Elizond Tomado de "CUADROS DEL TEATRO ESCOLAR

Juan Santamaría

Santamaría, tú eres sangre y eres fuego. Eres eternidad, Santamaría. Sangre imperecedera que renueva en las generaciones. Fuego perpetuo que alumbra en los hogares. El año veintinueve vino la libertad; regalo de Dios: sin sacrificio y sin dolor. Fuerza es que el hombre pague a Dios tributo, para que Dios entienda qué mereces sus dones. La libertad tenía que ser comprada a sangre y fuego. Por eso vino el cincuenta y seis. El cincuenta y seis tiene dos polos: pensamiento y acción. La cabeza fue Mora, el brazo fuiste tú, Santamaría. La cabeza es aristocracia, el brazo es democracia. La cabeza es el hombre preclaro, la selección humana. El brazo es el anónimo, la masa humana. El brazo es la fuerza ciega, es el arrojo indómito, es el impulso tremendo, es la catapulta que destruye, es el rayo que castiga. Eso eres tú, Santamaría.

Luis Dobles Segreda

Juan Santamaría

Ensayo histórico
Por Carlos Meléndez

Nota de la Redacción: El profesor Carlos Meléndez, distinguido colaborador de LA REPUBLICA, escribió este ensayo histórico para probar la autenticidad del acto heroico de Juan Santamaría del 11 de abril de 1856, en el año en que se celebró el Primer Centenario de la Campaña Nacional. El trabajo mereció el primer premio en el Concurso Literario patrocinado por la Comisión de Festejos del Centenario de la Campaña de 1856, de la ciudad de Alajuela.

Hace un siglo que Juan Santamaría, natural de Alajuela, en acción memorable, realizó el incendio de la guarida de filibusteros, allá en Rivas de Nicaragua. No obstante esta cercanía relativa en orden al tiempo, han existido— y todavía existen— personas que sustentan erróneos conceptos en torno al Héroe de Alajuela y demás detalles de su atrevida acción.

Desde el siglo pasado hasta nuestros días, ha habido muchos detractores gratuitos de su figura, que en verdad no han tenido entera culpa en la equivocación en que han caído, dado que en su mayoría son personas ajenas a las disciplinas de la investigación histórica. La ausencia de una obra en la que se pudiera encontrar plena confirmación, paso a paso, de los acontecimientos ocurridos en la vida de Santamaría, ha sido la razón primordial para la existencia del mayor número de errores conceptuales sobre su persona y acto heroico.

En el presente trabajo —que no es ni puede ser la obra que el Héroe está necesitando—, pretendemos ordenar parte de los materiales disponibles, para que sean utilizados con mejores resultados por los que se interesen sobre la acción de Santamaría. Este escrito, corregido y aumentado con el tiempo, podría llegar a ser la obra que todos esperamos.

Las omisiones y errores que sin duda existen en este trabajo, son debida en su mayor parte a que su autor lo ha elaborado en muy escaso tiempo, para en esta forma responder al llamado que el Comité de Alajuela para los festejos del Centenario de la Campaña de 1856 y 1857, ha hecho en este sentido.

Si este escrito sirviera para contribuir al mejor conocimiento de la figura de Santamaría, con ello quedaría más que pagado.

Antecedentes

Algunos autores han sostenido muy diferentes opiniones sobre el acto heroico realizado por el tambor alajuelense Juan Santamaría, en aquellas soleadas tierras de Rivas de Nicaragua. Los que niegan el hecho, se han plegado al bando del historiador guatemalteco don Lorenzo Montúfar, quien en su obra "Walker en Centro América" (1887), fue el primero en dejar sembrada la duda en torno al suceso.

Las frases de Montúfar sobre la materia, son las siguientes: "Tampoco se habla en los partes (de guerra) de Juan Santamaría a quien se atribuye haber incendiado el Mesón de Guerra".

"Puede asegurarse —continúa— que en los días posteriores a la acción de Rivas, no se hablaba de él, aunque se repetían los actos de heroísmo de otros combatientes". (Montúfar, 1887, p. 341).

Y tras don Lorenzo ha habido toda una legión de seguidores, que las más de las veces en voz baja, han continuado difamando al humilde Juan.

En cuanto a Montúfar se refiere, es preciso señalar que dicho autor desconocía —al escribir su obra— documentos que hoy día son indispensables para juzgar con criterio imparcial este asunto. En primer término aún no se había levantado la información ad-perpetuum sobre el heroísmo de Juan Santamaría, acontecimiento que tuvo lugar en 1891. Por otro lado, además, algunos testigos no habían considerado necesario redactar sus recuerdos sobre el mismo asunto. Entre las distinguidas personas que contribuyeron con sus escritos a echar más luz sobre la materia, figuran personas de indudable honorabilidad y consiguiente veracidad, como el General Víctor Guardia Gutiérrez y el doctor don Andrés Sáenz Llorente, entre otros. Además en los Archivos Nacionales permanecían ignorados— hasta el año de 1900 en que vieron luz pública — los documentos más definitivos que a este respecto se conocen. Fran estos los relativos a la pensión que se otorgó en 1857 a doña Manuela Carvajal, madre del tambor, y otro inmediatamente posterior.

El silencioso mutismo de los documentos coetáneos, puede explicarse en forma satisfactoria, por diversas razones. Ha de recordarse primeramente, que la batalla de Rivas fue sangrienta y dolorosa para nuestras tropas, y que el país entero esperaba ansioso, noticias suficientes para comprender con claridad lo ocurrido. Para evitar la divulgación de especie falsas, como primera medida, se estableció la censura de correspondencia de Rivas hacia el centro de Costa Rica.

Con ello, muchas cartas quedaron sin enviar o sin redactarse siquiera, por lo que se perdió valioso material histórico. Muy pocos días después un suceso desgraciado hizo olvidar a todos la fuerte impresión del día 11 de abril. Vino el cólera morbus a echar por los suelos todos los planes militares de Costa Rica, y muchísimos testigos presenciales cayeron víctimas del virus, y dejaron abandonados todos sus papeles o apuntes que bien pudieron haber escrito, sobre los acontecimientos de Rivas. Así las cosas, el material se perdió.

De los documentos que se conocen de aquel suceso, se deduce que la fatiga, la vasta serie de impresiones del día tan agitado, pudieron mucho sobre sus autores para ser ellos extremadamente parcios en sus relatos. Faltan miles de detalles que habrían dado mucha luz sobre acontecimientos de interés histórico, sobre los que pasaron en forma superficial los testigos. Y si esto hicieron los que allí estuvieron, ¿qué podemos pedirles a los que tras ellos vinieron?

Faltó en Santa Rosa y Rivas lo que sí tuvo la Campaña del río San Juan con los militares don Máximo Blanco, el Presbítero Brenes, don Faustino Montes de Oca y el oficial anónimo. Estos sujetos llevaron su diario de los acontecimientos principales, los cuales se han conservado y son conocidos en nuestros días. ¿Estará acaso olvidado en algún lugar del país o fuera de él, el relato de algún expedicionario costarricense testigo de las hazañas de Santa Rosa y Rivas?

Mientras falten testimonios más minuciosos de la época del 56, algunos acontecimientos pueden no mencionarse, mas las relaciones que se han conservado son suficientemente terminantes como para no poner en tela de duda la acción heroica de Rivas, realizada por el tambor Santamaría.

Y hasta debemos en cierta forma dejar constar el reconocimiento a don Lorenzo Montúfar, quien al poner en entredicho la acción heroica de Santamaría, contribuyó a darle más sólido fundamento a la figura del Erizo. La reacción que la lectura de su libro provocó, estimuló positivamente a los sobrevivientes, para recoger aunque fuera tardíamente, los detalles que de otra forma se habrían perdido o

se habrían deformado con la tradición.

Santamaría es dos cosas a la vez: la una es el héroe real que realizó la acción que la Patria recuerda con cariño y gratitud; la otra es el símbolo que encarna, la del típico combatiente de aquella fecha, el soldado humilde y valiente que lo sacrifica todo por el bienestar del país. Algún autor lo ha llamado el soldado desconocido de Costa Rica. con justa razón, ya que él encarna el ideal patrio de luchar hasta el fin por nuestra independencia.

Juan Santamaría existió

Antes de tener que llegar a las pruebas de la acción heroica del valiente Juan, se hace necesario demostrar, para destruir cualquier otra creencia onesta que su autor vino al mundo en Alajuela.

Ello nos lleva al primer documento convincente:

Francisco Pereira, Vicario Foráneo y Cura de esta Parroquia.

Certifico en forma Canónica que en el libro de partidas de bautismo, marcado con el N.º 5, al folio 63, se encuentra la partida que dice: "En la Sta. Iga. Parroqui. de la C. de S. Juan Nepomuceno de la Alaja., a veintinueve de agosto de mil ochocientos treintauno.—Yo el Presb. C. José Anto. Oreamo. Thte de Cura de este Benef. Baptista selemte. a Juan Ma. h. de Mana. Gavego, nació hoy, máda. la C. Micaela Jiménez a quien advertí su obligación parenteo, espiritual y lo firmo por ausente y como Cura, Gabriel Padilla. Al margen dice: Juan Ma. de p. n. C."

Es conforme,
Dado en la ciudad de Alajuela a diez de Setiembre de mil ochocientos noventa y uno.

Francisco Pereira Rodolfo Ardón
Secretario.

(Tomado de Información ad-perpetuum, 1891, pp. 23-24).

Por lo demás, otros testimonios conocidos coinciden en reafirmar que Santamaría vino al mundo en la citada ciudad, habiéndose inclusive podido señalar la ubicación de la casa en que nació el expresado Juan. (Véase Instituto de Alajuela, 1934, pp. 13-17), en donde existe hoy la llamada "Fuente de la Libertad".

Acercas de la madre de Santamaría, el más importante estudio conocido es el del señor Ortiz Sequeira (Instituto de Alajuela, 1934, pp. 94-101), quien da detalles hasta aquel entonces ignorados, sobre la familia Santamaría con informes de personas que la conocieron. De los testimonios aportados hasta el presente, se deduce que doña Manuela era de ojos claros. El señor Eulogio Porras declaró que "conoció a Manuela Gallego, quien era una mujer de cabello ondeado, de ojos gatos" (Instituto de Alajuela, 1934, p. 17); don Casiano Porras, agregó que doña Manuela "acostumbraba vender ponche a orilla de la barrera en las corridas de toros de las fiestas (Instituto de Alajuela, 1934, p. 17.)

Volviendo a los detalles particulares sobre Juan Santamaría y su vida en Alajuela, debemos recordar uno de los más conocidos, el de don Víctor Guardia, quien escribió: "Yo conocí a Juan Santamaría como a mis manos. Siendo niño viví largo tiempo en Alajuela... Cien veces me bañé con él y otros granujas en los ríos que corren en las cercanías de aquella ciudad". (En: Jeffrey Roche, 1905, p. 206).

Santamaría en Alajuela fue empleado doméstico y "trabajó en la casa de don Pedro Sabarío Alfaro" (Instituto de Alajuela, 1934, p. 16, declaración de don Ramón Lorenzo Cabezas Carrillo.)

A veces se dedicaba a algunas otras actividades personales, como lo reconoce un testigo que declara que "conoció muy bien a Juan Santamaría, quien estuvo encajando la casa de habitación de la familia del declarante, poco antes de iniciarse la Guerra Nacional". (Declaración de Casiano Porras González, en Instituto de Alajuela, 1934, p. 17).

En cuanto a la vinculación de Santamaría con las milicias provinciales, hay testigos que declararon que "Santamaría era tambor del Cuartel (de Alajuela) y ya desde entonces se le daba el mote de El Erizo". (Vicario Foráneo de Alajuela, 1934, p. 17.)

(Pasa a la Pág. 31)

EL AUTOR.

(Viene de la Pág. 26)
tor Guardia, en Jeffrey Roche 1908, p. 206). Otro testigo llegó a expresar "que antes de salir (Santamaría) para la guerra, ya era... tambor, porque en esa época todos los domingos, a la salida de misa, se hacían públicas resoluciones gubernativas por medio de un bando cuya lectura era precedida por redobles de tambor, que tocaba Santamaría. (Declaración de Lorenzo Cabezas Carrillo, en Instituto de Alajuela... 1934, pp 16-16.)

Comienza la Campaña Nacional

Los detalles de los acontecimientos previos a la salida de tropas costarricenses hacia el Departamento de Guanacaste, son suficientemente conocidos. Sin embargo conviene destacar que a comienzos de marzo comenzó la movilización nacional, concentrándose las tropas en las cabeceras principales del país, para partir de allí al lugar de cita. Las tropas de Alajuela salieron el día 4 de marzo de 1856, y en ellas iba en calidad de tambor Juan Santamaría, según el testimonio de su compañero de milicia, don Apolonio Romero Alfaro. (Dobles Segreda, 1926, p. 125).

Según el mismo testigo las tropas alajuelenses estaban comandadas por el español Coronel Manuel G. Bosque, como primer Jefe; como segundo figuraba don Juan Alfaro Ruiz, entonces Teniente Coronel, y como tercero, el Sargento Mayor don Juan Francisco Corrales. (Dobles Segreda, 1926, p. 125). En la primera compañía, la de Bosque, figuraron el Teniente Romero y Juan Santamaría.

El recorrido debió haber sido el mismo de las tropas de San José, las cuales se dirigieron a Puntarenas por la Carretera Nacional, y de allí, embarcándose hasta el río de Las Piedras y puerto del mismo nombre, pasaron a Bagaces, llegando a Liberia el día 20 de marzo, fecha en que se libró la batalla de Santa Rosa. (Dobles Segreda, 1926, p. 125).

Llegada a Rivas

Las tropas costarricenses junto con el Presidente Mora, llegaron a Rivas el día 8 de abril de 1856. Atrás venía el resto del ejército, entre el que figuraba la tropa de Alajuela. "De camino para Rivas se dispuso que Juan Alfaro Ruiz se quedase en La Virgen con tres compañías y Bosque y Corrales, siguieron para Rivas, con el resto del Ejército, en cuya primera compañía iba el Teniente Romero y el tambor Juan Santamaría". (Apolonio Romero, en Dobles Segreda, 1926, p. 125).

El mismo testigo que se ha citado, el señor Romero, expresa en el relato transcrito, que las tropas de Alajuela llegaron a Rivas en la noche del 10 de abril, bajo el mando de los Capitanes Rafael Rojas y Nicolás Bonilla. Las mismas se alojaron en la esquina opuesta al Mesón de Guerra. (Dobles Segreda, 1926, p. 125), en el edificio que se llamó en aquellos días Cuartel de Corrales.

Día 11 de Abril de 1856

En la mañana del día 11 de abril las tropas filibusteras, realizando un ataque sorpresivo, cayeron sobre la ciudad de Rivas, con el propósito de dar un golpe de gracia a las tropas costarricenses y más particularmente, con el fin de capturar al Presidente Mora y su Estado mayor. Pasada la primera sorpresa, las tropas de Costa Rica se fueron recobrando poco a poco del desorden inicial. Ya entonces los filibusteros habían tomado posiciones de importancia militar, particularmente en algunas casas en donde se parapetaron y hacían blanco certero sobre nuestra inexperta tropa. La batalla fue sangrienta y larga, ya que comenzó a las ocho de la mañana y era todavía tarde de la noche cuando se continuaba luchando.

A nadie escapaba que sólo con acciones heroicas se podría hacer retirar al enemigo, y todos con valentía corrieron a ofrecer sus vidas para lograrlo.

Uno de los edificios desde donde se causaban mayores estragos al enemigo — en este caso los costarricenses — era la amplia casona de adobes propiedad del señor don Francisco Guerra. Por tal motivo se cruzaron miles de disparos entre los costarricenses ubicados en las manzanas inmediatas al Mesón y los filibusteros allí parapetados.

Se hace necesario incendiar el Mesón

La única solución para hacer abandonar el edificio del Mesón, era dándole fuego. Hubo por tal motivo diversos individuos que pensaron independiente, acometer la empresa del incendio.

Por este motivo hubo algunas intenciones anteriores a la de Santamaría, tendientes a la misma finalidad. En interesante artículo publicado por el señor don Ricardo Fernández Guardia en 1926, escribe lo que sigue: "Según el testimonio de testigos fidedignos, se hicieron tres intentos con este objeto por diversos puntos: uno realizado por el Subteniente don Luis Pacheco, que resultó muy gravemente herido con cinco balazos en el pecho: otro por un oficial nicaragüense, cuyo nombre siento mucho no conocer, y el tercero por un soldado alajuelense. Juan Santamaría, que fue el único que tuvo el resultado apetecido". (Dobles Segreda, 1926, p. 138). (Para más detalles sobre las dos intenciones primeras, léase C. Meléndez, 1956).

La intentona de Santamaría

El día 11 de abril, según el relato del Teniente Romero, tantas veces citado, había salido, antes del sorpresivo ataque, Juan Santamaría "a buscar quien lavara las ropas de ambos, y no pudo volver a su cuartel hasta entre once y doce del día, sin saberse por dónde vino, pues las balas cruzaban en todas direcciones". (Dobles Segreda, 1926, p. 126).

Ya en el cuartel de Corrales, fue cuando tuvo verificativo el acontecimiento cuyos detalles han pasado a ser en la historia, parte importante.

Se cuenta que hubo una persona que dio la orden de incendiar el edificio, después de los anteriores intentos que ya se mencionaron. Para aclarar los detalles, debemos transcribir las declaraciones de algunos testigos, hechas más tarde: "Un ayudante de órdenes del General Cañas llegó a un grupo de soldados y les dijo que tenía una orden para excitarlos a dar fuego a la casa llamada el Mesón". (Declaración de don José Mercedes Astúa, en Información ad-perpétuam, 1891, p. 15). Otro testigo, don Gil Zúñiga y Solano refiere que "un ayudante de órdenes se dirigió hacia el punto donde estaba él y Juan Santamaría y dijo: ¿quién se atreve a incendiar el Mesón? y que Juan Santamaría dijo que él se atrevía". (Información ad-perpétuam, 1891, p. 15). Felipe Cruz y Alvarez se encargó con su testimonio, de eliminar la posibilidad, que muchos han tomado como cierta, de que era el General Cañas en persona quien había pedido a Santamaría, cuando éste se ofreció, de que realizara el intento. "Cómo sargento segundo de la división que mandaba el General Cañas el día indicado, (me) encontraba como a cien varas del Mesón en donde se habían refugiado muchos de los enemigos". (Información ad-perpétuam, 1891, p. 16).

Más claros y contundentes son los siguientes testimonios: "al día siguiente, cuando los enemigos se habían refugiado en el Mesón, un ayudante de órdenes del General Cañas, llamado Pedro Rivera, penetró al cuartel, se dirigió a la guerrilla de la cual era Comandante el declarante y dijo: ¿quién se atreve a incendiar el Mesón? y Santamaría dijo que él se atrevía". (Información ad-perpétuam, 1891, p. p. 19-20). Otro testimonio expresa que "Cuando Pedro Rivera, ayudante del General Cañas, llegó al cuartel de Santamaría, ya éste había intentado por primera vez darle fuego al Mesón. Pedro Rivera dijo: pues que vaya a dar-

le fuego, pero en la propia esquina". (Dobles Segreda, 1926, p. 126).

Así concluimos en quedar convencidos que fue el ayudante de órdenes del General don José María Cañas, don Pedro Rivera, quien dio la conocida orden.

(Pasa a la Pág. 32)

Juan Santamaría

Juan Santamaría

(Viene de la Pág. 31)

La hora

Es interesante el poder pre-tender determinar a qué hora hizo Juan Santamaría su intencion heroica. De los relatos conocidos, transcribiremos los que

más llenan nuestro intento. Felipe Cruz y Alvarez refiere que "entre once y doce del día vio a un vecino de Alajuela, llamado Juan Santamaría, dirigirse al Mesón con una tea encendida en la mano y habiéndose aproximado al edificio le dio fuego". (Información ad-perpétuam, 1891, p. 16). Don José Mercedes Astúa declara "entre once y doce del día un ayudante de órdenes del General Cañas llegó a un grupo de soldados...". (Información ad-perpétuam, 1891, p. 18).

Por el incendio, podría sospecharse la hora; así don José María Bonilla declaró que "como las fuerzas enemigas carecían de la suficiente agua para apagar el incendio, como a la una de la tarde los que ocupaban el edificio se vieron en la imprescindible necesidad de evacuarlo, como en efecto lo hicieron; y que en consecuencia, desde ese instante los costarricenses atacaron con vigor al enemigo, a quien redujeron a estar a la defensiva únicamente". (Información ad-perpétuam, 1891, p. 14).

El testigo don Apolonio Romero advierte que Santamaría antes de partir a la realización del acto en que dio la vida, dijo "recomiéndenme...".

Detalles de la intentona

De acuerdo con los testigos, Santamaría al salir del cuartel de Corrales para realizar su

hazaña "tenía la tea en la mano derecha y que como le hirieron el brazo, la tomó con la izquierda y la volvió a aplicar". (Información ad-perpétuam, 1891, p. 22). Don Víctor Guardia expresa que Santamaría intentó en dos diversas oportunidades prenderle fuego al Mesón. "Le vi desprenderse del cuartel... a través la calle y aplicarla... regresó sano y salvo. A poco le vi salir de nuevo a hacer lo mismo, pero esta vez, al retirarse, cayó hacia media calle. (En Jeffrey Roche, 1908, p. 206).

Santamaría murió al realizar el acto

En la información ad-perpétuam que se levantó para mostrar el heroísmo de Santamaría, hay un detalle en el que coinciden todos los declarantes, y es el de la muerte de Santamaría tras realizar su hazaña. Don José María Luna dice: "Muriendo Santamaría por la bala enemiga al ejecutar tal acto". (Información ad-perpétuam, 1891, p. 23). José María Cedeno Fernández afirma: "(Santamaría) fue muerto por las balas enemigas quedando ya encendido el Mesón". (Información citada, p. 22). José María Lobo y Alvarez declaró "que cuando el Mesón ya ardía, Santamaría fue muerto por las balas enemigas". (Op. cit., p. 21). Apolonio Romero Alfaro dijo que "al consumar este hecho (el incendio del Mesón) pereció (Santamaría), a consecuencia de los tiros que dirigían los enemigos" (op. cit. p. 16) En lo mismo coinciden don José Mercedes Astúa, don Felipe Cruz Alvarez, don José María Bonilla, don Gil Zúñiga y Solano y don Juan Bautista González y Castro. Este último declaró que "es cierto y me consta como testigo presencial, que Juan Santamaría murió dando fuego al Mesón de Rivas.. en pleno combate y donde era casi segura la muerte, tanto por la posición desventajosa del ejército costarricense como por el fuego sostenido y nutrido que le dirigían los enemigos". (Información ad-perpétuam, 1891, p. 17).

¿Hubo incendio?

La contestación a esta pregunta, la dan Marcos Barrantes y Vargas, quien expresó: "Vi arder el edificio y un cadáver al pie de los muros".

(Información ad-perpétuam, 1891, p. 11) y Santiago Segura y González quien dijo: "Vi ardiendo una parte de ese edificio (Mesón) y poco después se corrió la noticia de que Juan Santamaría, vecino de Alajuela, era quien le había prendido fuego". (Información ad-perpétuam, 1891, p. 12).

En su parte sobre la batalla, don Juan Rafael Mora escribe con laconismo: "Los nuestros hablan incendiado un ángulo del Mesón de Guerra y el fuego iba flanqueando o encerrando ya a los enemigos". (Lorenzo Montúfar, 1887, pp. 325-326). Y el decir "los nuestros" quiere expresarse que fueron los de Costa Rica, o más correctamente, un compatriota nuestro, o más particularmente, Juan Santamaría.

William Walker reconoce, con las limitaciones lógicas de quien está en un bando contrario, que "durante la tarde el enemigo (los costarricenses), incendió algunas de las casas ocupadas por los americanos". Walker, 1924, p. 178). ¿Qué mejor prueba de que hubo incendio?

La tea

El incendio del Mesón fue producto de la acción incendiaria de Santamaría, se ha dicho que con una tea. ¿Cómo era esa luminaria que sirvió para consumar la acción? Don Apolonio Romero relata que la "víspera de ese día (11 de abril), por la noche, Juan Santamaría, vecino de esta ciudad y tambor de mi compañía, encontró una botella que contenía aguarrás, la que creyó serle de alguna utilidad más

(Pasa a la Pág. 33)

El Erizo

Ceñida de siniestros resplandores,
desde el Mesón, la muerte enfurecida
fulminaba los rayos, que la vida
agostaban de nuestros luchadores.

Del batallón guerrero, los mejores
iban cayendo en cada acometida,
que siempre inútil fue toda embestida
y principio de lástimas mayores.

Mas las llamas envuelven de repente
el baluarte del déspota iracundo,
y la victoria alcanza nuestra gente.

Exangüe y entre el fuego rubicundo,
al lado de la tea, está el valiente:
Erizo se llamó, sépalo el mundo!
PIO VIQUEZ

Juan Santamaría

(Viene de la Pág. 32)
tarde.. (y al siguiente día,
cuando se disponía incendiar
el Mesón), empapó con el agua
rrás que contenía l botella re
ferida, unos pedazos de lien
zo y unas tuzas que encontró
al acaso y formando una espe
cie de tea la que colocó en una
caña escota rajada se dirigió
a incendiar el Mesón.. que la
tea se encendió de tal modo
que al conducirla en la mano
Juan Santamaría semejava un
torbellino de fuego". (Informa
ción ad-perpétuam, 1891, pp.
19-20). Gil Zúñiga y Solano
coincide con la anterior decla
ración, pues expresa que "la
vispera de la batalla por la no
che, Juan Santamaría, vecino de
Alajuela y que a veces desem
peñaba las funciones de tam
bor, le mostró una botella que
contenía un poco de aguarrás;
que él se disponía a derramar
lo cuando Santamaría se lo
mostró y le dijo que para al
go podía servir.. (y al día
siguiente, disponiéndose a rea
lizar el incendio).., acto conti
nuo empapó con el aguarrás que
contenía la botella referida u
nos pedazos de lienzo y unas tu
zas que encontró al acaso y
formando una especie de tea,
se dirigió con ella al Mesón.
Que la tea se encendió de tal
modo que al conducirla en la
mano Juan Santamaría seme
java un torbellino de fuego:
que con heroica resolución él
la aplicó al edificio que se in
cendió inmediatamente". (In
formación ad-perpétuam, 1891,
p. 15). Juan María Bonilla, el
último testigo que llamamos
para este asunto, dijo que "o
yó a Juan Santamaría decir
¡Yo iré! y empapando con agua
rrás un lienzo hizo una tea, la
encendió y se dirigió al edifi
cio al que incendió inmediata
mente". (Información adper
pétuam, 1891, p. 14).

¿Qué parte del Mesón incendió Santamaría?

Antes de contestar esta pre
gunta, se hace necesario entrar
a un breve análisis sobre las
viviendas en esa zona de Nica
ragua. La construcción del
Mesón, como la mayoría de la
viviendas rivenses en 1856, era
de adobes, con una estructura
de madera en el techo, dispues
ta para sostener la teja. "La
armadura de los techos (en Ni
caragua), es de una construc
ción viciosa pero ligera.. la
cubriera descansa sobre las
paredes de las extremidades..
una solera espesa y ancha co
rona las paredes. Sobre la
cubriera y la solera se colo
can fuertes cabrios (alfajías),
separados por media vara o
más de intervalo, y manteni
dos por ensambladuras. So
bre los cabrios se pone, para
lelamente a la cubriera, una
cubierta de grandes cañas muy
juntas, y amarradas de dos en
dos con un bejuco fino, a otra
caña colocada debajo y parale
la a los cabrios; no hay rios
tra ni carriola alguna. El empu
je de las paredes está mante
nido únicamente por tirantes
macizos, ensamblados con la
solera en cada extremidad. So
(Pasa a la Pág. 36)

Juan Santamaría

GONZALO DOBLES

*Humilde y sencillo Tambor de Alajuela
que por tu hecho heroico, por tu noble acción,
en el cielo patrio como un centinela,
tu espíritu vibra, tu recuerdo vuéla
sobre las rojizas llamas del Mesón.*

*JUAN SANTAMARIA: tuya es la proeza
que recuerda y ama la posteridad;
y la Patria vive, vive en su grandeza
porque un sol ardiente la ilumina y besa.
que es la misma gloria de tu heroicidad.*

*Invoca tu nombre Costa Rica entera
—valiente soldado que supo morir—,
porque eres el rojo de nuestra bandera,
porque eres la sangre que allá en la frontera
transformóse en rosa para el porvenir.*

*Tuya fue la palma por tu valentía,
por el hecho heroico de tu noble acción,
y hoy tienes tu nombre: JUAN SANTAMARIA,
escrito con sangre, con sangre brava,
en los pliegues Umpios de nuestro pendón.*

Juan Santamaría

Sobre su pecho no lució medalla
ni dorado galón sobre la hombrera;
a cambio de la gloria volandera
tuvo el valor que se ensimisma y calla.

Del oscuro montón surgió su talla.
Jamás probó la vida lisonjera
y no pudo abrazarse a su bandera
al caer inmolado en la batalla.

Pero, libre por fin de nuestro lodo,
todo lo tiene ya, pues lo dio todo.
Patria, cuando recuerdes a los que amas,

ora por tu más fúlgida presea:
aquel que te ofrendó, como una tea,
su palpitante corazón en llamas.

JULIAN MARCHENA

Cuartel General, Rivas, Abril 15 de 1856
H. Señor Ministro de la Guerra:

He dado parte ya de la gloriosa jornada del 11, y lo repito ahora detallado, aunque sucinto, pues nunca acabaría de reconilar justamente los heroicos hechos de mi valiente tropa. A las siete de la mañana y a consecuencia de las astutas maniobras del jefe filibustero William Walker, mandé una columna de 400 hombres, al mando del Mayor Clodomiro Escalante, con dirección al pueblecito de Potosí, por cuyo lado nos llamaba la atención el enemigo. Un cuarto de hora habría pasado apenas, después de la salida de dicha columna cuando Walker, escondido sin duda de antemano en las cercanías de esta ciudad, abierta y rodeada por todos lados de espesos platanales y cacaotales, la invadió como un torrente por el lado opuesto al camino que había tomado la columna del Mayor Escalante, apoderándose de la plaza y llegando muy cerca de las casas del Cuartel General y depósito de pólvora, situado al frente de él y ambos a dos cuadras de distancia de la plaza. El primer momento fue terrible. Nuestra gente y posiciones fueron de improviso flanqueadas, ceñidas casi de un círculo de fuego y de balas. Todos empuñamos las armas y acudimos a la defensa. El Coronel Lorenzo Salazar apoyó este cuartel con un puñado de gente que tenía y rechazó al enemigo dando tiempo a que la columna que había salido de la ciudad entrara de nuevo y fuera ocupando puestos ventajosos, hasta llegar casi a cambiar la defensa en ataque, obligando a los enemigos a ampararse a las casas. Un cañoncito avanzado hacia la plaza y defendido por cuatro artilleros solamente, nos había sido tomado por los filibusteros en su primera carga, y por un inconsiderado empeño de honor en recobrarlo perdimos alguna gente. Tres veces salieron nuestros soldados de la esquina en que está situado este cuartel (casa de don José María Hurtado) corriendo hacia el cañón, colocado a dos cuadras de distancia, y tres veces sufrieron la descarga de metralla, y el mortífero fuego del enemigo situado en la plaza, mesones del Cabildo y de Guerra (en el cual estaba Walker con lo mejor de su gente), en la iglesia, su campanario y la casa de la señora Abarca, llamada por los nuestros del señor Cole. A las once del día ocupaban los filibusteros la plaza, como queda dicho, y todas las avenidas del lado de la iglesia. Desde la cuadra atrás del Mesón de Guerra, la ciudad era nuestra hacia el Noreste; tentamos a los caminos de La Virgen y San Juan. La situación había mejorado, pero faltaba aún vencer. Ordenes terminantes salieron de este cuartel simultáneamente. Mi deseo era reunir a determinados mandos la gente que peleaba aislada. Primero, organizar; después, estrechar al enemigo, desalojarle, echarle fuera de Rivas. Un piquete de dragones fue estacionado en la puerta del cuartel con el solo objeto de pasar las órdenes escritas, y se instigó a todos los jefes que me pasarán partes mo-

mentáneos de la situación. Hice que el parque almacenado en la casa del frente, se transportara aquí y pasé aviso a todos los jefes para que acudieran a municionarse abundantemente. A las nueve de la mañana había pedido un refuerzo de cien hombres a La Virgen, en seguida mandé correos para que las guarniciones de dicho punto y de San Juan se concentraran a Rivas. Desde este momento, el cambio progresivo a nuestro favor se mostró decisivo. Los nuestros habían incendiado un ángulo del Mesón de Guerra y el fuego iba flanqueando o encerrando ya a los enemigos. A media tarde llegaron los Comandantes Juan Alfaro Ruiz y Daniel Escalante, con la gente de La Virgen; esta tropa ocupó una parte del Mesón, a la derecha de la iglesia, y continuó estrechando al enemigo hasta apoderarse, en la noche, de la casa del doctor Cole, última de este costado de la plaza. A media noche llegó el Coronel Salvador Mora, con la gente de San Juan del Sur. Aunque los filibusteros estaban ya encerrados, esta fuerza completó la seguridad de nuestras posiciones. Los fuegos habían cesado casi; sólo se oían las descargas que de tiempo en tiempo hacía nuestra gente a las partidas de enemigos que huían y los alegres vivas de aquella a la República y a sus Jefes.

Don Juan Alfaro Ruiz estrechaba la iglesia y se preparaba a asaltar al rayar el día, cuan-

Juan Santamaría

Cayó el valiente: su atrevida planta
al dardo cede del intruso odiado;
pero al rodar su cuerpo mutilado
vencedora la patria se levanta.

Lo roja llama que al tirano espanta
el triunfo dice del audaz soldado,
y su vivo fulgor, jamás nublado,
de la gloria los campos abrillanta.

Mas a la par que resplandor de gloria
brillante esparce su rojiza tea,
aclarando su nombre y su memoria:

la amenazante luz con que flamea
desde la cima de la patria historia
terror de audaces invasores seal

JUSTO A. FACIO

Parte de la batalla de Rivas, por el General don Juan Rafael Mora

do nuestros soldados invadieron por todas partes la plaza, y no hallando ya más enemigos que los encerrados en el templo, entraron y acabaron a bayonetazos con ellos. Inmediatamente mandé piquetes en todas direcciones para perseguir a los fugitivos. Grande ha sido este triunfo, realizado por la bien meditada sorpresa de los filibusteros; y, sin embargo, a tanta gloria se ha mezclado doloroso llanto y triste luto. Hemos perdido a los valientes militares General José Manuel Quirós, Mayor Francisco Corral, Capitanes Carlos Alvarado y Miguel Granados, Tenientes, Florencio Quirós, Pedro Dengo y Juan Ureña, Subtenientes Pablo Valverde y Ramón Portuéguez y el Sargento graduado de Subteniente, Jerónimo Jiménez. Murió también el valiente Capitán Vicente Valverde. Contábamos con 260 heridos, entre ellos varios jefes notables. Mi primer cuidado fue preparar el hospital, hacer entrar los muertos y organizar nuevamente el ejército. La derrota de Walker es mayor de lo que pensé. Hemos cogido un gran número de fusiles, espadas, pistolas, más de 50 bestias ensilladas y muchos otros objetos que han presentado nuestras gentes; no se sabe cuántas más habrán ocultado los habitantes de las cercanías de la ciudad. A cada momento llegan prisioneros sanos o heridos. Hasta el día se han fusilado 17. En resumen, nuestra pérdida, contando los heridos que pueden morir, no pasará de 110 hombres, incluso los jefes. La del enemigo no baja de 200 con los fusilados. Como en Moracia, cuando la acción de Santa Rosa, sus heridos vagan por los campos y muchos morirán por falta de descanso y cuidados. Entre la multitud de partes y noticias que he tenido, lo más seguro es que Walker entró antenoche en Granada con 300 hombres, entre los cuales 25 o 30 iban heridos. Se han distinguido en esa jornada todos los oficiales y soldados del ejército, especialmente el General José María Cañas. Coroneles Lorenzo Salazar y Manuel Argüello, Teniente Coronel Juan Alfaro Ruiz, los Capitanes Santiago Millet y Ramón Rivas. Según el examen minucioso de las diversas relaciones que se me han hecho, la fuerza con que Walker atacó fue de mil doscientos a mil trescientos hombres, en ocasión en que yo, debilitado por la dispersión de gente para las guarniciones de La Virgen, San Juan del Sur y varios destacamentos, contaba con igual o quizá menor número de soldados. Hubiera perseguido al enemigo sin darle descanso; pero todos habíamos pasado treinta horas sin tomar alimento, y catorce de mortandad y fatiga. Era mi primer deber atender a los heridos y ahora me preparo a seguir esta campaña, lisonjeándome con la esperanza de poder decir a V. S. muy pronto que el filibusterismo no existe. Dios guarde a V. S.

JUAN RAFAEL MORA

Juan Santamaría

Héroe, por la robusta valentía;
mártir, por el fervor del sentimiento;
santo, por lo divino del intento;
eso eres, ¡oh JUAN SANTAMARIA!

¿Cuál fue tu estirpe? ¿Qué filosofía
iluminó tu humilde pensamiento?
¿Dónde está el pergamino amarillento
que te engrandece la genealogía?

Que a estas preguntas de la lengua fatua
respondan el poema de tu estatua
y la tea que muestras en la mano

Tuya es la luz. Tu claro nombre es tuyo,
y en la gloria te nombran, con orgullo,
hijo de Bolívar y Ricaurte, hermano!!

JUAN SANTAELLA

Juan Santamaría

Eternizado al fin, más que en el fuerte
metal de la escultura, en la memoria,
se ve ese guerrero que la gloria
besó sus labios cuando entró en la muerte.

Radiante como el sol cuyo oro vierte
en su gesta de lucha y de victoria,
lo envuelve en un cendal la fama ustoría
de los ungidos que exaltó la suerte...

Así, mientras la rauda golondrina
le lleva desde el huerto y la colina
el suave aroma de la tarde clara,
se le ve imperturbable ante su vuelo,
¡como en espera de inflamar el cielo,
si el cielo nos amenazara!

Manuel Segura

28 de agosto de 1931.

Los siguientes versos, así como algunos otros sirvieron en varios adornos, el día de la entrada. (Se refiere a la entrada triunfal de las tropas costarricenses, héroes de la Campaña Nacional de 1856-1857) (*)

¡Viva Costa Rica!
¡Que libertadora
Fue como la aurora
Que precede al sol.

¡Vivan los valientes
Que vienen triunfantes!
¡Los bravos amantes
De la patria y honor!

La América hermosa
Del Centro respira:
Ya libre se mira
Del fiero invasor.

¡Gloria a los valientes
Jefes y soldados!
¡Que más esforzados
El mundo no vio!

El filibustero
Yace humillado:
El fue escarmentado
Por vuestro valor.

¡Oh, nobles guerreros!
Gritasteis ¡Victoria!
Y un rayo de gloria

La patria inundó.

(*) Reproducción de la Revista ANDE, Enero-Abril de 1968. Los versos originalmente fueron publicados en EL CLARIN PATRIOTICO, por Tadeo Nadeo Gómez, Imprenta de La Paz, C. del Carmen, N. 24, 1857. San José, Costa Rica.

Juan Santamaría

Carlos Luis Sáenz

— I —

—¿Quién eres tú, tamborcillo
el del aire tan marcial,
que no pareces soldado
sino bravo capitán?

—Soy hijo de Alajuela
y tengo por nombre Juan;
Erizo me llaman otros
cuando me quieren nombrar.

—Con tu sonoro tambor,
que va marcando el compás
de la marcha a los valientes,
¿soldadito, a dónde vas?

—A Rivas de Nicaragua,
a Rivas para luchar
contra la banda invasora
que nos quiere esclavizar

—¡Buena suerte, tamborcillo!
—Voy decidido a triunfar!

II

—¿Quién eres tú, que en el
bronce
te alza la Patria inmortal
partador de tea ardiente
que es llama de libertad?

—Soy el soldado del pueblo!
soy el Erizo; soy Juan
Santamaría, el tambor
de la hazaña singular.

—Y esa tea que alza
y ese raudó avanzar,
¿qué significan soldado?
¿Tu tambor, en dónde está

—Cambié el tambor por la tea;
que en Rivas, esa ciudad,
sucumbiendo por la Patria
la muerte me hizo inmortal.

—¡Juan Santamaría, salud!
—Salud, Patria y Libertad!

Juan Santamaría

Aníbal Reni

Redoblen los roncós tambores,
atruenen los fuertes clarines,
que es uno de los paladines,
que es uno de los vencedores.

Alajuela lo trajo a la vida,
de muy alto, quizá de la gloria;
de allá vino la antorcha
encendida
que alumbró eternamente la
Historia.

Ya era de bronce, pues era
moreno;
no era esclavo, pues libre nacía;
de su cuna tomó rebeldía
que enseguida estalló como el
trueno.

Y prendieron sus manos el fuego
arrasando cadenas extrañas;
a los cielos subió como el ruego
el oír de sus propias entrañas.

Redoblen los roncós tambores,
atruenen los fuertes clarines,
que es uno de los paladines,
que es uno de los vencedores.

Juan Santamaría

(Viene de la Pág. 83)
bre las cañas se ponen las tejas". (Pablo Levy, 1873, p. — 262).

Refiriéndose a otro suceso ocurrido tiempo antes en la misma población de Rivas, Walker refiere que el enemigo (los nicaragüenses), "acercándose por detrás de la casa, . . . metió la bayoneta por entre las tejas del techo hasta las cañas en que éstas descansan y de este modo prendió el fuego". (Walker, 1924, pp. 364—365).

Relatando la acción de Mongalo, ocurrida el 29 de junio de 1855 en la misma Rivas, refiere el historiador nicaragüense Ortega Arancibia que "una lanza con una manta amarrada cerca de un extremo, que el joven Mongalo . . . prendió empapada en petróleo, incendió las soleras y las cañas del techo, pasándose las llamas a la casa de Espinosa, que pronto quedó ardiendo". (Ortega Arancibia, 1912, p. 277).

Con todos estos detalles y antecedentes, es lógico comprender que lo único que incendió y podía incendiar Santamaría era la techumbre del Mesón, lo que ponía en peligro a los filibusteros, no sólo por el incendio mismo, sino porque había la posibilidad de quedar semiseptos entre un cúmulo de tejas y maderamen.

En cuanto al lugar incendiado por Santamaría, se ha hablado que fue el ángulo Suroeste del Mesón, Don Víctor Guardia refiere que presencié el acto heroico de Santamaría: "Le vi desprenderse del cuartel de Corrales con una tea, atravesar la calle y aplicarla al alero de la esquina Sud-oeste del Mesón". (En Jeffrey Roche, 1908, p. 206).

También don José Mercedes Astúa declaró que "con alguna dificultad logró (Santamaría) incendiar el Mesón, aplicando la tea a una parte de la techumbre". (Información ad-perpetuam, 1891, p. 18).

El incendio de un ángulo del Mesón, que era de adobes, sólo es posible en su techumbre, y en esto coinciden los testimonios. Poco tiempo después, en agosto del 56, al embargar los filibusteros una serie de propiedades de nicaragüenses, expresan que en Rivas se adefian de "El Mesón, en parte quemado", propiedad de Francisco Guerra. ¿Y quién lo había quemado si no Santamaría? (Véase Lorenzo Montúfar, 1887, p. 581).

Consecuencias del incendio El héroe

El fin principal con que se efectuó la intentona, era el de desalojar al enemigo, allí refugiado. Don José María Bonilla refiere que por el incendio, "como a la una de la tarde los que ocupaban el edificio se vieron en la imprescindible necesidad de evacuarlo, como en efecto lo hicieron". (Información ad-perpetuam, 1891, p. 14).

Otro testigo, enteramente aparte del anterior, cita que "a las dos de la mañana del 12, un grandísimo estruendo, causado por el hundimiento de la mayor parte del techo del edificio incendiado (el Mesón), trajo por consecuencia una general y continuada descarga de fusilería del enemigo . . . desalojando . . . el edificio". (Jacinto García, 1924, p. 40).

Para concluir estas breves notas sobre la acción heroica del tabor alajuelense Juan Santamaría, en las que hemos tratado de pormenorizar un poco sobre los detalles más particulares, citaremos las fervientes expresiones de don Víctor Guardia, quien dijo:

"Tanto en los días inmediatos a la batalla, como en la retirada del ejército, el nombre del héroe alajuelense estaba en todas las bocas. Esto yo lo afirmo y lo certifico y me hago la ilusión de creer que alguna fe merece la palabra de un viejo militar de 78 años, que ama la verdad por encima de todas las cosas". (En Jeffrey Roche, 1908, p. 206).

Bibliografía

DOBLES SEGREDA Luis (Compiador)

1926. El libro del héroe Juan Santamaría. Imprenta Lehmann, San José, C. R.

GARCIA Jacinto

1924. Documentos relativos a la Campaña Nacional contra los filibusteros en 1856-57. En "Dos documentos históricos", Liceo de Costa Rica, publicación N° 11, pp. 29-47. Imprenta Lehmann (Sauter & Co.), San José,



PANORAMICA DE LA HISTORIA NACIONAL.—

Así podría denominarse la presente gráfica que desde un ángulo diferente, presenta el Monumento Nacional situado en el corazón del Parque Nacional. Más de cien años simbolizados con

evidencia, se enmarcan en este máximo Monumento de la República. El remanso de paz que envuelve a este altar histórico, es el reflejo general de este pequeño pero grande territorio denominado Costa Rica.